



Wennergard á bordo del bote de lona en el lago de Fagnano.

CAPITULO VIII

Viaje de Wennergard en el bote de lona al lago de Fagnano

EL 18 de septiembre, por la mañana, salimos de Harberton á través del país cercano á la costa. Tuvimos que llevar la impedimenta repartida en varios fardos, pero en las inmediaciones de los bosques, donde había aún nieve profunda, lo cargamos todo sobre el trineo, que á duras penas pudimos arrastrar unos metros; después quedó completamente clavado en la nieve. Era evidente que de nuevo teníamos que repartir la carga y llevarla en dos veces. Seguimos así con la primera mitad de los bagajes tan lejos como pudimos, calculando que lograríamos llevar el resto antes de que obscureciese.

La nieve era profunda y porosa. Casi constantemente

nos llegaba hasta las rodillas, y el trineo se hundía á pesar de sus anchos brazos. Mientras yo con los indios iba delante tirando, Wengersgaard caminaba casi siempre detrás ó al lado para conducir el trineo y sacarlo cuando tropezaba con alguna raíz ó alguna piedra.

Al obscurecer habíamos reunido todo el equipo en el lugar donde pensábamos levantar nuestro campamento nocturno. Estábamos aún á pocos kilómetros de Harberton, pero hay que reconocer que las circunstancias no nos habían favorecido, y esperábamos hacer más fructuosa jornada el día siguiente. Entonces era cuestión de disponer un hogar y esto lo entenderían mejor los indios, pero no me era muy fácil hablar con ellos. Yo, «hombre civilizado», me encontré en una singular situación frente á aquellos salvajes, que hablaban un idioma europeo y que yo desconocía. Valiéndome de los pocos vocablos españoles que conocía y de señas, cuando las palabras me faltaban, llegué á hacerme entender de un modo bastante regular.

Dije «fuego», é hice gestos indicando el humo que salía. Los indios se inclinaron, y con maravilloso conocimiento de causa, recogieron una brazada de leña seca y pronto una gran hoguera esparció su brillante llamada entre los árboles.

Yo me encargué de repartir la comida en raciones. Puse la mantequilla sobre las galletas y el número fijado de trozos de azúcar de una vez en las cuatro tazas de té. Todo se repartió igualmente, sin hacer distinciones entre los indios y nosotros.

Para hacer la carga más ligera, no nos habíamos llevado tienda alguna.

Wengersgaard y yo nos metimos en nuestros sacos

para dormir, debajo del bote de lona, mientras los indios descansaron á cielo raso en los sacos-camas que les estaban destinados. Nos habíamos colocado tan cerca como pudimos del fuego, que todavía ardía. Los indios hablaron un rato en su singular y duro idioma nativo, cuyo timbre raro y extraño es muy diferente del de las lenguas europeas. Cuando ya dormían todos, estuve yo aun despierto largo rato.

La noche era fría y clara. Por bajo la borda del bote podía vislumbrar en lo alto, entre las hojas de los árboles, dos brillantes estrellas. Un débil viento soplaba sobre las cimas de los árboles, y á lo lejos se oía de cuando en cuando el extraño canto de algún pájaro desconocido. El débil reflejo de la hoguera que se iba consumiendo, el vago rumor del campo salvaje y todos esos pequeños y misteriosos ruidos del bosque, que recoge el oído en la profunda tranquilidad de la noche, me desvelaron de tal manera que en mucho rato no pude dormir.

Al día siguiente nos levantamos temprano. Después de una fatigosa jornada, escalando pendientes y descendiendo á hondos valles y luego de cruzar un río que afortunadamente estaba aún helado, venciendo, en fin, toda clase de obstáculos para arrastrar el trineo, que se desviaba frecuentemente y á veces volcaba, llegamos por la noche con toda nuestra impedimenta al lindero de un bosque claro, más arriba del límite entre un valle y la montaña.

Proseguimos nuestra ruta al amanecer el día, que era el tercero de marcha; rendidos y maltrechos llegamos á una alta meseta desde donde pudimos ver las crestas de la cordillera todavía bastante lejana. Entonces consideré necesario hacer alto y pensar seriamente sobre nuestra si-

tuación. Con aquel continuo ir y venir para transportar la carga en dos veces, que tanto tiempo requería, se necesitarían aún cuarenta y ocho horas lo menos para llegar al paso de la montaña, y después cerca de cuatro días para llegar al lago de Fagnano. Nuestra mayor dificultad estribaba en que las provisiones que llevábamos, no serían suficientes para un viaje tan lento. Modesto, que siempre se había mostrado contrario á este modo de viajar, me mostró, gesticulando, sus diez dedos para indicar los días que tardaríamos en llegar al lago de Fagnano.

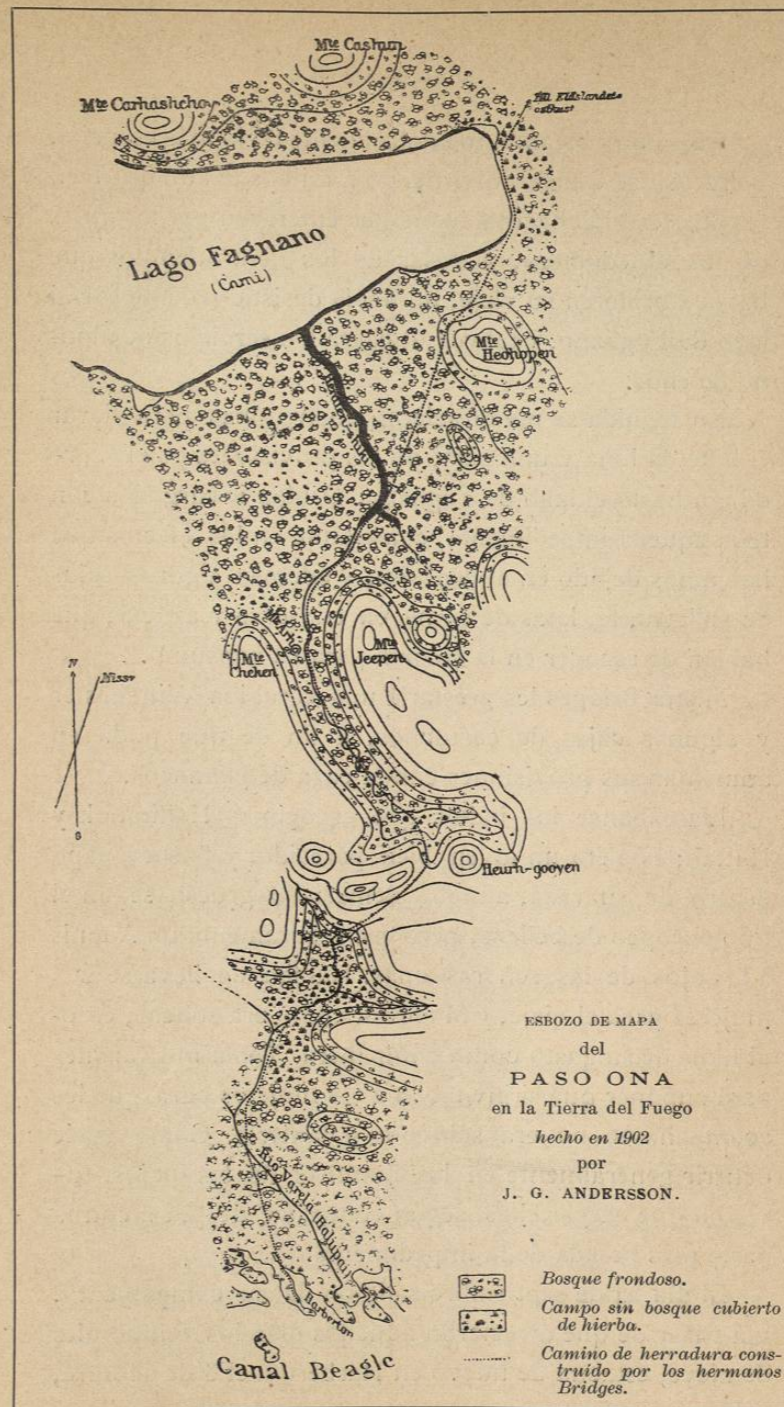
No nos quedaba otro remedio que volver á Harberton para salir de nuevo mejor acondicionados. Era evidente que el trineo no servía más que de estorbo para viajar por aquellos andurriales.

Dejamos el bote y parte de las provisiones en un soto, y así, libres de la impedimenta más pesada, regresamos á buen paso, siguiendo nuestro mismo rastro, hacia Harberton.

Descansamos un rato cerca del campamento de indios que había en la parte interior de la bahía de Harberton, y donde en seguida nos vimos rodeados por un numeroso grupo de curiosos. Eran los hombres feos y delgados, y las mujeres, viejas casi todas, acudían rodeadas de chiquillos medio desnudos. Charlaban confusamente, dirigiéndose á Anikin y á Modesto, mientras me contemplaban y se reían.

Un indio viejo se atrevió á acercarse más, riéndose estúpidamente con toda su boca.

Yo, por mi parte, no entendía lo más mínimo de aquellos vocablos extraños y duros, que oía á mi alrededor como un galimatías incomprensible.



Pero, no obstante, me daba cuenta de lo más esencial, y era que se estaban divirtiendo á mi costa; aun que bien pronto cesó la chacota cuando se enteraron por los guías de que el «doctor», á pesar de los contratiempos que había sufrido en su viaje, no había desistido de llegar al lago de Fagnano, y tal vez utilizara los servicios de alguno de ellos.

En seguida se me ofrecieron cuatro onas para llevar el bote de lona y una parte de las provisiones por la cordillera hasta el lago de Fagnano. Debían ir cargados con toda aquella impedimenta, consistente en los efectos que habíamos dejado en el depósito, y además algunas cajas de galletas, té, latas de carne en conserva y azúcar, que habían de recoger en la colonia para su consumo.

Mister Bridges les prestaría una carabina Winchester y algunas cajas de cartuchos, á fin de que pudiesen aumentar sus provisiones con la caza de guanacos.

Llamábanse los indios que escogimos Hahimouk y Hattah; éste era un joven bien parecido, y hasta guapo dentro de su raza, aunque demasiado grueso según el tipo europeo de belleza, pero era seguramente un Adonis á los ojos de las señoras onas. Habían de llevarse sus mujeres para el viaje, y Modesto, como era soltero, escogió una de su gusto como compañera. Tenía mis razones para suponer que si invitaban á las mujeres para que las acompañasen no era sólo por galantería. Como suele ocurrir generalmente en las marchas de los indios, tuvieron que cargar ellas, según comprobé después, con la parte más pesada de la impedimenta.

El día 24 de septiembre salieron de su campamento, y á pesar de que arreciaron aquellos días los temporales de nieve, estaban de nuevo en Harberton el 3 de octubre,

dándonos cuenta de que habían cumplido perfectamente su cometido.

Todo este tiempo lo dediqué á hacer investigaciones geológicas en la región de Harberton, y á bordo de una goleta realicé un viaje á la pequeña y curiosa bahía carbonífera de Slogget, en la embocadura este del canal de Beagle.

En Harberton se hicieron entre tanto algunos preparativos para el nuevo viaje al lago de Fagnano. Los sacos para dormir, de fieltro, que usamos durante el primer viaje, pesaban, con su cubierta de lona, nada menos que ocho kilos, por cuya razón mandé hacer á las mujeres indias otros sacos-camas de piel de guanaco cosidos con nervios del mismo animal. Un saco de estos pesaba apenas cuatro kilos, es decir, menos de la mitad que los otros.

Resultaban casi demasiado calientes en relación á la temperatura que disfrutamos, sobre todo en el campamento del lago de Fagnano. Estos sacos para dormir de mi invención, que se hicieron para Wenersgaard y para mí, sirvieron después todo el invierno que pasamos en la bahía de la Esperanza, utilizando Grunden uno de ellos.

No pensamos en disponer sacos de dormir para Anikin y Modesto, porque nos afirmaron que preferían dormir á la usanza india, á cielo raso y envueltos en una buena piel de guanaco. El equipo quedó en su totalidad tan aligerado, que decidimos llevar para nuestra comodidad una pequeña tienda para dos personas.

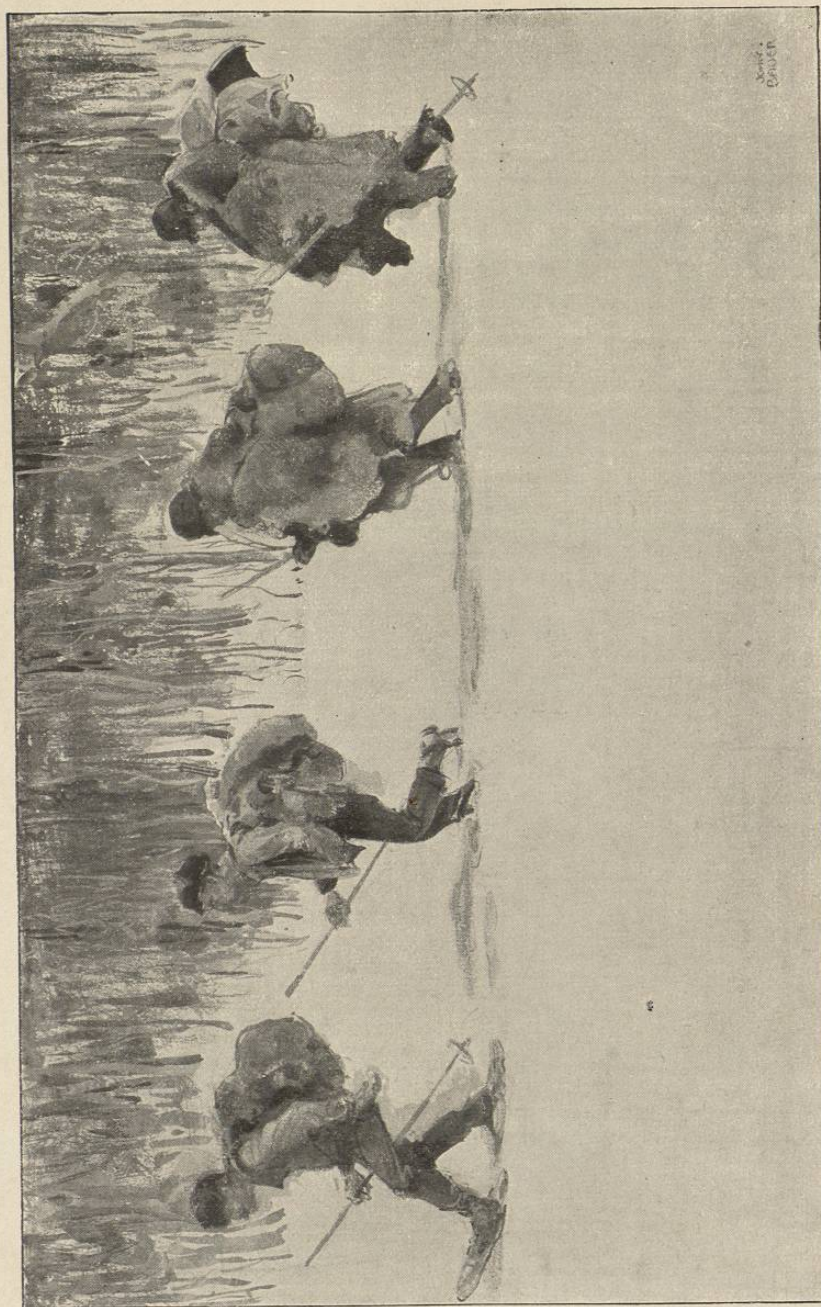
Habíamos experimentado durante el viaje anterior al lago de Fagnano, que los patines no eran útiles para caminar por los sitios donde escaseaba el hielo, y por el

contrario, se nos había hecho muy pesada la marcha á través de los parajes cubiertos de nieve, por tener ésta poca consistencia. Por eso nos procuramos unos buenos zapatos para nieve, de lona embreada y cuero, que no penetraba el agua.

El día 7 de octubre emprendimos otra vez la marcha, llevando cada cual su indispensable equipo. El río Varela, que durante nuestro primer viaje estaba completamente helado, presentaba ahora, hacia la mitad de su corriente, una faja abierta; pero adoptando algunas precauciones, pudimos, sin embargo, pasar el río con bastante facilidad.

Presentábase después el camino cubierto de nieve blanda, que en algunos sitios se amontonaba en grandes masas. Yo marchaba delante, abriendo camino con mis flamantes zapatos y marcando grandes huellas que mis compañeros, que seguían detrás, aprovechaban como sendero pisando en el mismo sitio. De vez en cuando sucedía, no obstante, que alguno de nosotros se hundía hasta las rodillas impensadamente en la nieve, y cuando teníamos la desgracia de caer en algún espacio vacío, escondido por la maleza, pasábamos nuestros apuros para salir del atolladero.

A las cuatro de la tarde acampamos en el último bosquecillo del pie de la cordillera. El territorio que habíamos atravesado durante el día, desde la orilla del canal de Beagle hasta la región montañosa, estaba cubierto de bosques, abundando en ellos dos clases de haya, *fagus antartica* y *fagus betuloides*, siendo esta última de hoja perenne. Cuando poníamos ramas de esta última clase de haya en la tienda, como soportes para los sacos de dormir, despedían un olor característico parecido al de



Andersson.

Wannergaard.

Hasta el lago Fagnano.

Molestio.

Anikin.

las hojas frescas del abedul: por algo este árbol forma parte de las betuláceas.

A la mañana siguiente temprano vi por vez primera, desde el declive de la montaña, hacia el oeste, el reflejo cristalino del lago de Fagnano, situado en medio de un país silvestre y en dirección norte á la embocadura de un



Ole Wennersgaard fallecido en la isla de Paulet
el 7 de Junio de 1903.

valle al que íbamos á descender. La montaña era muy escarpada y parecía imposible llegar al llano, pues durante el invierno el viento había acumulado allí grandes masas de nieve. Además, en los días de deshielo desprendíanse desde la cumbre grandes aludes que rodaban hasta el valle, creciendo cada vez más con la nieve que recogían. Algunas de estas avalanchas se habían abierto camino á través del bosque situado en la falda, rompiendo árboles y destrozando cuanto encontraban á su paso.